

## La venganza de la Malinche: hacia una identidad Postnacional

ROGER BARTRA

Después de algunos decenios de delirio nacionalista ha llegado la hora de la gran apertura hacia el exterior. Hace aproximadamente diez años comenzaron a manifestarse los signos de que México había dejado de ser el paraíso de los políticos patrioteros y chovinistas. La gran crisis de 1982 confirmó los peores pronósticos: el sistema postrevolucionario, aún inundado de petróleo, no lograba sacar al país del subdesarrollo. Sobre la década de los años ochenta se podría aplicar lo que dijo el general De Gaulle para los difíciles años cincuenta en Francia: «Ya no se trata de tomar el poder, sino de recogerlo.»

Ciertamente, el sistema político mexicano, famoso antaño por su estabilidad, quedó muy maltrecho. El gobierno priísta, hasta hoy, no ha encontrado otra salida que una apresurada integración a la economía norteamericana. El tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá es algo que debió haberse discutido con calma y negociado con fuerza hace por lo menos veinte años. A principios de los años setenta el gobierno mexicano estaba tan lejos de abrir una línea de negociación encaminada a un tratado de libre comercio como de auspiciar un régimen de libertades democráticas, multipartidista y con un sano juego parlamentario. Las dos cosas eran contempladas como una ominosa entrega de nuestra soberanía: México debía seguir por un camino nacionalista propio, sin imitar las formas clásicas de la acumulación capitalista ni de la representación democrática. La derecha, en la medida en la que los negocios prosperaban a la sombra del proteccionismo y de la corrupción, callaba. La izquierda, marginada, vivía sumergida en la estatolatría y veía con malos ojos los tentáculos del imperialismo.

Veinte años después seguimos sin un desarrollo capitalista clásico y sin un sistema democrático formal. A fuerza de ser originales acabamos en el más vulgar atraso; los excesos patrioteros nos han llevado a la necesidad de importar de los Estados Unidos tanto capitales como vigilantes, para auspiciar una curiosa forma postmoderna de transitar a la modernidad.

Estas ironías sólo nos harían sonreír si no fuera porque ocultan un agudo malestar de los estratos más profundos de la cultura mexicana. Quiero decir que México se encuentra, junto con algunos países del llamado tercer mundo, ante un complejo y dramático problema de civilización, y no sólo ante un problema de desarrollo. Esta situación crítica se ha visto exacerbada por la gran transición mundial -iniciada a finales de 1989- que está poniendo fin a la guerra fría y a la bipolaridad para conducirnos a un incierto y opaco siglo XXI.

Los resultados de las encuestas sobre nacionalismo, soberanía, libre comercio y vínculos con los países vecinos nos llevan directamente a la reflexión sobre los problemas de civilización a los que me estoy refiriendo (y que he discutido extensamente en mi libro *La jaula de la melancolía*). Si partimos de la idea de que estamos atravesando un periodo de agudas tensiones culturales, no debe extrañarnos que la gran mayoría de los encuestados desee formar un solo país con los Estados Unidos, que se pronuncie por lazos económicos más cercanos y que quiera eliminar restricciones fronterizas al libre flujo de bienes y servicios. Incluso una cuarta parte de los encuestados se manifiesta llanamente por eliminar la frontera con los Estados Unidos.

Ante los resultados de estas encuestas no debemos alarmarnos. Pero podemos poner en duda que el nacionalismo revolucionario -la ideología oficial hegemónica- sea todavía una de las bases del sistema mexicano. El problema estriba no solamente en que se resquebrajan los soportes ideológicos del partido oficial; ello, lejos de ser dañino, facilita la transición democrática. Otro problema mucho más espinoso estriba en la ruptura de las cadenas que ataban la existencia misma del estado mexicano a la cultura política nacionalista que ahora está en crisis. Si, de alguna forma, una gran parte de la población llegó a estar convencida de que su mexicanidad se comprobaba y se correspondía con las peculiaridades del sistema de gobierno, entonces no debemos extrañarnos de que las crisis políticas (la de 1982 y la de 1988) signifiquen para muchos mexicanos que la realidad nacional está derrumbándose.

La forma como se constituyó la cultura política postrevolucionaria en México adolece de un mal originario: genera la ilusión de que la implantación de la democracia política y del desarrollo económico pueden ser un atentado a la idiosincrasia mexicana. Es necesario, se piensa, que el go-

bierno dosifique con cuidado los ingredientes de la modernidad exterior para mezclarlos y diluirlos en los veneros puros del alma nacional. El resultado es, supuestamente, una estructura socioeconómica mixta potencialmente explosiva (como el mítico mestizo) cuya fórmula secreta es guardada celosamente por los custodios del sistema. Estos son los mitos nacionalistas que se están derrumbando. La gran ruptura que sufrió la cultura política en 1988 permitió que muchos mexicanos se asomaran por la fractura y observasen las entrañas secretas del sistema. Lo que vieron en las arcas profundas del nacionalismo revolucionario confirmó la apremiante necesidad de cerrarlas y echar tierra sobre ellas para iniciar así el tránsito hacia la democracia. Me parece que esto se confirma con las encuestas que muestran cómo en los años recientes el orgullo nacional y la consiguiente disposición de ir a la guerra por la patria han declinado, cosa que desgraciadamente no se observa en los Estados Unidos ni en Canadá. No necesitábamos de esta encuesta para ver que la disposición de ir a la guerra, en los Estados Unidos, ha aumentado: basta observar el curso del conflicto en el Golfo Pérsico para comprobar que el nacionalismo y el militarismo patrioterico son tendencias poderosas y crecientes en nuestro vecino del norte.

No creo que estos cambios en las inclinaciones políticas e ideológicas obedezcan simple y linealmente a la influencia de los medios masivos de comunicación y a la avalancha cultural anglosajona. Me parece que estamos ante algo mucho más complejo y vasto que una simple serie de manipulaciones ideológicas. El malestar de la cultura mexicana -para seguir usando la metáfora freudiana- radica en el hecho de que una gran masa de mexicanos estamos ante la posibilidad de abandonar el papel de bárbaros domesticados que se nos había asignado. La cultura de la dualidad está llegando a su fin: el teatro del revolucionario institucional o del mestizo semiorientado está en franca quiebra. La cultura política mexicana está pasando por la experiencia traumática pero ineludible de internarse sin duplicidades en el mundo occidental. En cierto modo podríamos decir que se trata de *un falt ac-compli*: la colonia, la independencia y la revolución han integrado al país a la cultura occidental. Pero esta integración desembocó en un nacionalismo revolucionario que, a pesar de sus propósitos de exaltación, ha impulsado la cultura mexicana hacia una aceptación implícita de su condición semi-occidental, teñida de una mixtura y un desdoblamiento artificiosos.

Espero que se me entienda bien: cuando señalo la necesidad de superar el malestar cultural no estoy proponiendo como cura una integración al mundo anglosajón, paralela a los tratados económicos de libre comercio con Estados Unidos y Canadá. Al afirmar la necesidad de encarar la condición occidental de la cultura mexicana podemos deshacernos del peso ya inútil de la duplicidad para abrir paso a una rica y democrática multiplicidad. La dualidad ha escondido -tanto en la economía mixta como en la cultura mestiza- la férrea unificación nacionalista que ha aplastado a la abigarrada sociedad mexicana y ha legitimado el subdesarrollo y el autoritarismo.

La cultura mexicana se enfrenta ante una tensión similar a la que sufren los alemanes y los españoles: en regiones donde no coinciden las fronteras étnicas con las políticas, y que además han pasado por un etapa nacionalista y fascista, es necesario -en la terminología de Jürgen Habermas- encontrar los fundamentos de una identidad postnacional. (Véase su estimulante librito *Identidades nacionales y postnacionales*. Tecnos, Madrid, 1989).

Para Habermas la alternativa radica en lo que llama un *patriotismo constitucional*; es decir, el orgullo de haber logrado superar democrática y duraderamente el fascismo. Es evidente que otros países europeos se encuentran enfrentados ante una posible e inminente alternativa postnacional de este género, como Grecia y Portugal, así como los países centro-europeos cuyas revoluciones en 1989 los han conducido hacia una transición democrática. Hay igualmente algunos países -no muchos- del llamado tercer mundo que vislumbran un reto similar, aunque además de la superación democrática del autoritarismo deben vencer también los inmensos problemas del atraso económico. En estos casos -entre los que se cuenta México- se presenta el problema de superar el orgullo nacionalista para construir una identidad postnacional basada en las formas pluri-culturales y democráticas de una vida cívica que forme parte del mundo occidental.

La transición hacia una cultura política postnacional ya se está efectuando y una gran parte de la población mexicana ha iniciado el cambio, como muestran las encuestas. Ahora falta saber -para seguir en la línea de Habermas- si la clase política e intelectual aceptará los cambios de manera pragmática y como mera reorganización de las alianzas, o bien, si aceptará un nuevo comienzo de nuestra cultura política. Habermas pone todas sus esperanzas en el espíritu universal de la ilustración y de la modernidad como base de las nuevas formas de cultura política. Yo en cambio me temo que la modernidad, junto con el nacionalismo, está herida de muerte y que no tenemos más remedio que enfrentar la postmodernidad del fragmentado mundo occidental del que formamos parte.